

# LA LUZ DEL PORVENIR.

## Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

## Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—Rosa la santa.—Confusion.—Comunicacion.—Dinero de los pobres —Pensamientos.

## ROSA LA SANTA.

### I.

Lectoras de LA LUZ DEL PORVENIR; salud y paz os deseamos en todas las horas de vuestra vida. Sí; paz en la conciencia anhelamos para vosotras; como la que indudablemente debió disfrutar la heroína de la verídica historia que os vamos á relatar.

Siempre nos ha gustado muchísimo pasar dias en el campo, en nuestra niñez era la diversion más apetecida y más deseada, sentarnos en la márgen de un riachuelo y tirar piedras á su fondo nos hacia sentir una alegría inmensa; cada vez que el agua se levantaba formando remolinos batíamos palmas aplaudiendo á las líquidas perlas que solian acariciar nuestro vestido.

Cuando entramos en el período de la juventud, leer en el campo sentados al pié de un árbol, era el placer de los placeres, y reclinarnos en un ribazo mirando fijamente al cielo, era para nosotros el máximum de la felicidad.

Cuando llegamos á la edad madura y al conocimiento del Espiritismo, (que fué simultáneo,) al estar en el campo preferíamos la más completa soledad; y en aquel reposo nos preguntábamos, si algo parecido á lo que sentíamos, deberán sentir los espíritus al despertar en el espacio; por que nosotros en el campo nos alejamos de la vida real y todas las miserias terrenales, todas las escaseses de la vida, todas las contrariedades inherentes á una existencia expiatoria, se alejan á tan larga distancia, que nos parece que nacemos de nuevo, y entonces sentimos el placer de no hacer nada; dormimos estando despiertos, por que para nosotros no trabajar es dormir. La máquina del cerebro deja de funcionar, y si las múltiples atenciones de una existencia muy activa no reclamaran nuestra presencia en un gabinete de estudio, creemos que llegaríamos á estacionarnos dedicando todo nuestro tiempo á la contemplacion de la naturaleza.

Dadas estas ligeras explicaciones no se extrañarán nuestras lectoras de lo aficionado que somos cuando vamos al campo á la soledad; nos agrada oír las voces de nuestros amigos, sus alegres carcajadas nos hacen sonreír, pero que todo llegue hasta nosotros repetido por el eco.

Siguiendo nuestra monomanía, un dia que fuimos á una arboleda mientras nuestros compañeros zamarreaban los árboles frutales, y otros se encaramaban por las frondosas higueras, para que al caer no se abriera su almibarado fruto, nosotros acompañados de una hermosa jóven nos fuimos á visitar una ermita cercana donde se veneraba la imágen de Santa Rosa.



La ermita estaba situada en un lugar agreste y solitario desde donde se disfrutaba de muy buenas vistas, el pequeño templo estaba cerrado, más por las rejillas que había en ambas puertas, se veía el interior de aquel humilde santuario, donde no había más que un altar con la imagen de la Santa, que en lugar de mirar al cielo miraba la tierra, y parecía que se sonreía dulcemente contemplando varios ramos de flores, que el amor de los fieles le había ofrecido sin duda aquella misma mañana, pues aun las hojas verdes estaban llenas de rocío. Los ramilletes estaban colocados en jarros y floreros de todas clases y tamaños, pero en aquel sencillo desorden había poesía. Dimos la vuelta y vimos que detrás de la ermita había un pequeño cercado, cuya puerta estaba entreabierta, entramos y nos quedamos sorprendidos al ver que aquello era un cementerio; las florecillas silvestres crecían en abundancia, en particular las flamenquillas con sus hojas de nieve y su botón de oro.

El muro que rodeaba aquel melancólico recinto estaba blanqueado á trechos, y sobre el fondo blanco, se destacaba una cruz negra indicando que al pié del signo de la redención dormía el sueño eterno un pacífico morador de aquellos valles; el que probablemente, ni una sola vez habría salido de ellos.

En frente de la puerta y al pié de la pared, habían formado con tierra un ataud como de dos palmos de altura sembrando encima y en sus costados muchas violetas y unas campanillas blancas muy pequeñitas, de ambas plantas había tal profusión, y estaban tan floridas, que nunca hemos visto un sepulcro más bello, el lienzo de pared estaba blanqueado, en su centro habían pintado una cruz negra de dobles brazos, y debajo de la cruz habían trazado con letras muy desiguales la siguiente inscripción *Roca la Santa*.

¿Qué diablos querrá decir esto? nos preguntamos; y cuando más preocupados nos hallábamos queriendo descifrar aquel geroglífico, oímos la voz cascada de un viejo que nos decía con enojo.

—¿Quién le ha mandado á V. entrar aquí?

—Como estaba la puerta abierta entré á ver que era esto, y me estaba devanando los sesos para comprender que quiere decir ese letrero.

—Pues hombre, un ciego vé que ahí dice: Rosa la Santa.

—¿Lo ha escrito V.?

—No señora, en mis tiempos no se enseñaba á nadie á leer y á escribir, pero dice el herrador que eso quiere decir:

Como comprendimos que nuestro interlocutor no podía apreciar el valor de las letras, no le dijimos que la sustitución de C por la S cambiaba por completo el sentido de las palabras; y nos contentamos con preguntarle: ¿Y quién era Rosa la Santa?

—Quien había de ser, un ángel de Dios; de los que no bajan á la tierra sino una cada mil años. Y mirando la humilde y poética sepultura, se fué dulcificando el rostro del anciano hasta el punto de resbalar las lágrimas por sus tostadas mejillas, limpiándoselas con la ancha manga de su camisa.

—Cuánto le agradecería me contara lo que hizo Rosa.

Pues hizo..... hizo.... obras de caridad toda su vida.

—Si no tiene V. prisa deme más detalles, y yo haré una historieta de lo que V. me diga.

—¿De veras? pues crea V. que ya eso lo había yo pensado; y hasta se lo había dicho á Juan el ciego que vende romances y relaciones; pero este no me hizo caso.

—Muy mal hecho, por que Rosa la Santa indudablemente es digna de que se escriba su historia, las flores de su sepultura me lo indican, aquí no han nacido esas violetas y esas campanillitas, eso, ha sido sembrado por una mano amiga.

—Por la mía señora, por la mía; y lo que siento que mi pobreza no me ha permi-

tido levantar una iglesia para ella sola, que mi gusto hubiera sido hacerle una capilla más grande que una catedral.

—Si le parece á V. nos sentaremos, y me contará todo lo que sepa de ella.

—¡Oh! eso sería muy largo de contar, pero vamos, le diré lo más preciso.

Nos sentamos en el suelo cerca de la tumba de Rosa, y el anciano campesino se pasó la mano por la frente como para coordinar sus recuerdos y comenzó su relato diciendo lo siguiente.

## II.

Hará unos cuarenta años, que pasando yo una mañana por delante de esta ermita, ví un lio de trapos al pié de la puerta, por curiosidad me acerqué á mirar que era aquello, y me encontré que entre muchos guiñapos habia una criatura recién nacida, la cogí, me la puse con mucho cuidado dentro de la alforja y me fuí corriendo á encontrar al cura del pueblo para que bautizara aquel ángel de Dios, más blanco que la misma nieve. El padre Guillen le puso Rosa, ya que en la ermita de la Santa la habian dejado; y llamando á los más ricos del pueblo les dijo que quien queria hacerse cargo de aquella niña, pero á ninguno le vino bien aquel aumento de familia; y ya el cura se disponia á mandarla á la ciudad para que la dejaran en la *casa grande* cuando llegó el *maestro* que así llamaban á un pobre hombre que era aprendiz de muchos oficios y maestro de ninguno; pero, como en la tierra de los ciegos, el que tiene un ojo es rey, y el tio Juan lo mismo servia para un fregado que para un barrido, pues era zapatero, sastre, albardero, tocador de guitarra, hacia décimas, para los novios del pueblo, hacia de enterrador en un apuro, enseñaba á leer y á escribir y cuando habia un matrimonio desavenido él lo hacia entrar en vereda; y por todos estos servicios y otros muchos que prestaba á la gente del pueblo, nadie le conocía más que por el *maestro*. Pues bien, aquel infeliz que eran más los dias que ayunaba que los que comia, le dijo al cura muy resuelto que él se quedaba con la hija de Santa Rosa; todos celebraron su ocurrencia, y el señor cura le entregó la niña diciendo unas palabras que llegaban al corazon.

El tio Juan cogió á la criatura, que tuvo tantas madres como mujeres habia criando en el pueblo; por que el *maestro* tuvo la paciencia de llevarla cada dia á una casa donde le daban de mamar, la vestian y cuidaban de su limpieza.

—¿Y él no tenia familia?

—Si que tenia, pero como si no la tuviera, porque su mujer le abandonó harta de pasar apuros y miserias, sus dos hijos se fueron á servir al Rey, y solo quedó con él su madre, una pobre vieja que era una bendita de Dios, la que recibió á la niña con *palmas* y *olivas*; creciendo Rosa más sana y más fuerte que todas las chiquillas del pueblo, parecia que nuestro Señor le habia echado su bendicion, ¡qué hermosa estaba! siendo tan buena su alma como sano era su cuerpo, se hacia querer de todos tanto, que fueron muchos los que le pidieron al tio Juan que les diera la niña; pero el maestro se negó por completo, por que la queria más que á las niñas de sus ojos; es verdad que Rosa se lo merecia, porque era de lo que no viene á este mundo; no tendria ella más que nueve ó diez años, cuando se quedó ciega la madre del tio Juan, y Rosa como si tuviera veinte años se encargó del arreglo de la casa, y ella guisaba, cosía, limpiaba y hacia compañía á la pobre ciega que á cada minuto la colmaba de bendiciones, porque la llevaba á misa, al sermon, vamos aquello era preciso verlo.

El *maestro* se hacia cruces, y daba gracias á Dios de su buena obra, por que Rosa era la alegría de su casa, y desde que la niña entró en ella, el tio Juan tuvo más trabajo hasta el extremo de necesitar quien le ayudara para dar abasto á todo lo que tenia que hacer entre chaquetas, calzones, albardas y zapatos.

Tendría Rosa dieciocho ó veinte años, cuando vino un pintor á tomar vistas al pueblo, hizo amistad con el *maestro* y le pidió á Rosa en matrimonio, pero ésta dijo que no abandonaba á la pobre ciega; por que de casarse tenia que irse muy léjos, el pintor era italiano y se volvía á su tierra en cuanto se casara.

El tío Juan como era tan bueno, le aconsejó á Rosa que aprovechara la ocasion, ya que ningun muchacho del pueblo le gustaba; pero no se dejó convencer, y el pintor se fué muy triste, y ella se quedó llorando como llora una madre cuando pierde un hijo; pero no abandonó á la pobre ciega, el pintor le escribió, y se siguieron cartean-do, pero antes que muriera la madre del *maestro*, éste, se puso malo con la enfermedad más asquerosa que V. se puede imaginar, se le llenó el cuerpo de granos, en las piernas y en el pecho se le hicieron llagas, con una peste que echaba de su cuerpo que un perro muerto olía mejor que él, nadie del pueblo se acercaba á ver al tío Juan, por que estar en su compañía era imposible, pero Rosa estaba. Murió la pobre ciega y Rosa la amortajó, y más de catorce años estuvo viviendo con aquel mártir, que yo no se como tuvo resistencia para sufrir tanto.

—Y sin recursos probablemente.

—Ya lo creo, el tío Juan dejó de trabajar, no solo por que no podia sino por que nadie le daba que hacer, repugnaba ver su cara y sus manos llenas de lepra, pero ni un dia se quedó sin comer, por que Rosa ablandaba todos los corazones, á cada uno le hablaba en su lengua, y todos le daban lo más preciso para que no se muriera de hambre.

En ese tiempo volvió el pintor empeñado en casarse y llevársela, pero ella se negó á seguirle diciendo que primero era su padre y no se fué; y eso que al pintor le queria mucho, el dia que tenia carta suya lloraba y reia, y parecia que perdía el juicio. Pero Rosa no era de este mundo, nunca la oí quejarse ni renegar de su suerte; siempre estaba de buen humor, y cuando murió el tío Juan, Rosa no tenia consuelo; entonces se dedicó á ser la hermana de la caridad de todos los pobres del pueblo, y como entre enfermos no se recoge nada bueno, Rosa se puso mala, tan mala que murió el mismo día que volvió el pintor á verla.

Parece que aun le estoy viendo y oyendo cuando le decia:

Haces bien de volver á tu patria! tú no eres de este mundo eres del cielo!

—¿Y ella le conoció?

—Si señora, murió en sus brazos, y por la noche cuando estaba de cuerpo presente sucedió un milagro.

—¿Cuál?

—El cura habia hecho poner cuatro candeleros grandes con velas encendidas para que alumbraran á la muerta que parecia una santa vestida de monja de la Purísima Concepcion, y cuando medio pueblo estaba en la casa y la sala de la difunta de bote en bote, se apagaron las velas y se llenó la habitacion de una claridad tan grande, ¡tan hermosa!... pero una claridad, una luz que no era de sol ni de luna; yo no me puedo explicar, pero lo cierto es, que todos se quedaron que no sabian lo que les pasaba.

—Qué confusion se armaría.

—No señora, como á ella todo el pueblo le decia Rosa la Santa, ó la Santa á secas, todos dijeron: ¡Milagro! ¡milagro! los ángeles vienen por su alma.

—¿Y duró mucho rato la claridad?

—Ya lo creo cerca de media noche.

—¿Y como el cura no la enterró en mejor sitio?

—Por que ella quiso que la enterraran junto á la ermita donde yo la encontré.

—¿Y el pintor se fué en seguida?

—Si, despues que se la enterró, él fué el que amontonó esta tierra y le dió la figura que V. vé, y por consejo de él, sembré las violetas y las campanillitas que todo el año tienen flor.

—Tiene V. razon al decir que aquí yace: *¡Rosa la Santa!*

—Pues no le he dicho á V. ni la cuarta parte del bien que ella hizo en el pueblo; ¡ay! desde que se murió nos han llovido más desgracias que hojas secas hay en el bosque. Rosa era una Santa, lo que es yo, desde que se murió no voy á rezar en la ermita, vengo aquí y aquí rezo mejor.

—Si V. me lo permite cogeré algunas violetas para recuerdo.

—Si señora, todas las que V. quiera.

—Cogimos un ramito, y acompañados del anciano fuimos á reunirnos con nuestros amigos que los encontramos á medio camino, y al despedirse el viejo campesino nos preguntó con afán:

—¿Y hará V. un romance con lo que le he contado?

—Haré algo mejor, escribiré una pequeña historia.

¡Cuánto me alegraría oirla leer!....

#### IV.

El deseo del anciano no se vió cumplido, nuestro destino nos llevó muy léjos de aquellos lugares, antes que copiáramos el diálogo que tuvimos con el buen viejo junto á la tumba de Rosa; y hoy al comenzar el año octavo de LA LUZ hemos fijado nuestro pensamiento en aquella sepultura cubierta de campanillas y violetas, donde se disgregaban los restos de una mujer que verdaderamente fué una Santa pues aunque en realidad no cumplió más que con su deber pagando una deuda de gratitud, como en la tierra la gratitud es una planta exótica, la persona que siente su benéfica influencia, hay que llamarla Santa.

En este mundo de miserias y ruindades las acciones grandes tienen que ser efecto como decia Echegaray de *locura ó santidad*; la gratitud, la elevacion del sentimiento es casi desconocida en este planeta, por eso los sencillos habitantes de un pueblecillo escondido en las Sierras de Andalucía, no titubearon ni un segundo en llamar Santa á una mujer agradecida que sacrificó su juventud y su porvenir, en aras de su agradecimiento. ¡Dichosa ella que tuvo bastante fuerza de voluntad para soportar tantas penalidades saliendo victoriosa de todas sus pruebas! su espíritu deberá encontrarse....

«En estos momentos cerca de tí Amalia, reavivando tus recuerdos para que copiaras testualmente como lo has hecho, el diálogo que sostuviste con el buen anciano que ya dejó ese mundo.»

«Me encuentro muy bien, como se encuentran todos los que cumplen con su deber, no he ido á ningun mundo más adelantado por que aun tengo mucho que aprender en la tierra; mi adelanto moral sube muchos codos sobre mi adelanto intelectual; sé amar, sé agradecer, pero no he penetrado aun en el templo de la ciencia; ese está cerrado para mí, mi esfera de accion se reduce á vivir entre los humildes, llevo muchas existencias habitando en aldeas, donde se necesita despertar el sentimiento como conseguí despertarlo en el lugar donde viste mi tumba, que aun existe, y aun hay manos piadosas que siembran en ella humildes violetas.»

Green que fuí santa!.... cuánto se desconoce la bondad en la tierra! que ingrata es aun la humanidad! Pues que, ¿no merecian mis cuidados aquellos dos seres Juan y su madre, que estando en la mayor miseria me recibieron como un presente del cielo?»

«Juan, alma buena, muy buena! me llevabade casa en casa para que me amantaran y cuidaran de mi limpieza con el mayor esmero, sin que un solo instante le

causara enojo las molestias que dá la infancia, que son innumerables en ese planeta.»

«Su madre, ¡santa mujer! heroína ignorada que pasó noches y noches velando mi sueño, siendo para mí la abuela más cariñosa y más complaciente, privándose de su alimento para que Juan y yo quedásemos hartos. Su vida fué un continuo sacrificio que coronó el martirio de su incurable ceguera. ¿Y no merecía la que tanto había amado, apoyarse en su vejez en un sér agradecido?»

«Y Juan, el hombre honrado sencillo y bueno, que no encontró baja en ningún oficio para atender á las necesidades de su familia, que trabajó cuanto supo, y cuanto pudo, cuando le llegó el saldo de una cuenta atrasada, (muy atrasada,) no merecía por su arrepentimiento, por su amor á sus semejantes, por sus verdaderos sacrificios en bien de la humanidad, no merecía repetir encontrar amor quien tanto había amado? Por eso lo encontró, por que lo merecía; y yo estuve muy contenta, por que cumplí con mi deber.»

«No creas por esto que dejé de verter lágrimas por un amor de la tierra, las vertí y las vertí á raudales, cuando nadie me veía ni podía oír mis sollozos, tuve..... hasta mis horas de indecision, cada vez que una carta de él llegaba á mis manos me volvía loca, loca de alegría, y loca de dolor!.... Y detrás de la ermita, donde pedí que me enterraran, era donde me iba á pedir á Dios fuerzas para cumplir con mi deber; aquella tierra está regada copiosamente con mi llanto por eso en ella brotan las violetas, por que las lágrimas del sentimiento se convierten en flores que embalsaman el ambiente.»

«Allí se ha disgregado mi cuerpo, y allí va muchas veces mi espíritu complaciéndose en escuchar lo que dicen los aldeanos de *Rosa la Santa*. ¡Inocentes! la gratitud no es santidad; á mi santidad atribuyeron la claridad que inundó mi aposento cuando mi espíritu dejó ese mundo, siendo aquel hecho lo más sencillo y más natural.

Mis buenos amigos del espacio, los espíritus agradecidos de Juan, de su madre, y de otros muchos que habían muerto en mis brazos, acudieron á darme la bienvenida, y el fluido luminoso de muchos de ellos inundó mi cámara mortuoria, eso fué todo el milagro.

«Contenta de mí misma estuve en la tierra, contenta de mí misma estoy en el espacio; no tengo grandes cuentas atrasadas, soy un espíritu amante del bien, no concibo la vida sin amor, no sé vivir sino amo mucho y me sacrifico por el sér amado.»

«El bello ideal de mis amores de la tierra será mío, cuando merezca el premio de esa suprema felicidad.»

«Créeme Amalia, ama mucho, solo el amor regenera al espíritu, la ciencia le engrandece, pero el amor le purifica, y amando se vive muy bien.»

«Gracias por tu recuerdo, sabré corresponder á la reminiscencia que guardó tu mente.—Adios.

## V.

¡Qué buena impresion nos ha dejado el espíritu de Rosa! la misma que cuando pasamos por un jardín donde las rosas, las azucenas, los claveles y los jazmines embalsaman la atmósfera.

Las almas buenas, en la tierra, en el espacio, en cualquier lugar del Universo que se encuentren, son rayos de luz esplendorosos, flores aromáticas, motores divinos que impulsan á las humanidades al cumplimiento de sus deberes, al engrandecimiento de su espíritu, á la regeneracion de los pueblos, al progreso universal que cubre de verde follaje las escarpadas rocas; convierte en campos fecundos los áridos desiertos, ha-

ce brotar el agua cristalina de la dura peña, y transforma una penitenciaría como la tierra, en un oasis de la Creación.

¡Benditas sean las almas buenas!

¡Bendita sea *Rosa la Santa*!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

---

## CONFUSION.

---

Cuando en la noche de argentada luna  
Mi vista elevo al tachonado cielo,  
Acuden presurosos á mi alma  
Grandiosos pensamientos.

Los séres de esos mundos siderales  
Que brillantes oscilan á lo léjos,  
¿Serán, como nosotros, desterrados  
Que viven de recuerdos?

¿Existe en esos mundos la ventura?  
¿Serán, acaso la mansion del genio?  
¿Son celestes moradas de las almas  
Que abandonan el cuerpo?

¿Existe allí el amor puro y sublime  
Que yo busco afanosa y nunca encuentro?  
Estas son las preguntas que me hago  
Mirando al firmamento.

Mas nadie me responde, todo calla...

Solo se escucha el susurrar del viento;  
Y recorro las teclas del piano  
Auyentando el silencio.

Más, ¡ay!, no se que tiene la armonía  
Cuando eleva la mente tanto el vuelo!...  
Cada cuerda que vibra es un gemido;  
Cada nota un lamento.

Las lágrimas acuden á mis ojos  
Y brotan los suspiros de mi pecho;  
Y lágrimas, suspiros y armonía  
Se mezclan con mi acento.

¿Por qué lloro, Dios mio? me pregun-  
to;  
Y en las alas del aire vibra un eco  
Que me dice: *Porque para almas grandes  
El mundo es muy pequeño.*

LEONOR RUIZ DE CARABANTES.

---

## COMUNICACION.

---

Venimos aquí, hermanos míos, para tener la inmensa satisfacción de poder daros algunas pequeñas instrucciones y consejos que son nuestros únicos deseos. Instruimos en todo aquello que esté á vuestro alcance, y con este motivo os diremos que, nunca abandoneis el camino que habeis emprendidos para vuestro progreso, como el de ayudar también á vuestros hermanos que se encuentran en mayor atraso que vosotros, porque, ¡es tan hermosa la luz de la sabiduría! que si pudiérais vislumbrarla es seguro que no descansaríais ni un momento en vuestros trabajos para alcanzarla; sin embargo, la alcanzareis, no lo dudeis, porque su luz es faro luminoso que está á grandes alturas para que todos los hombres la puedan distinguir, y á sus vívidos resplandores emprendan los trabajos que á ella les ha de acercar cada vez más, y por este medio, correr hácia el progreso tanto espiritual como material, porque así mismo y á su dulce calor, la materia se vá purificando porque los planetas, como vosotros, por los caminos de la ciencia van unos y del progreso los otros, para servir más tarde de mansion á los espíritus elevados como digno premio de su constante trabajo al bien y á la civilización de los pueblos: pues bien, unios todos en estrecho lazo de amor fraternal, y así será como todos alcanzareis la felicidad que tanto aspirais ver realizada en vuestro planeta.

El padre os bendiga, y vuestros hermanos del espacio no os abandonarán en esa espinosa senda que habeis emprendido para vuestro adelanto, pues ellos con lo que puedan no cesarán de ayudaros en vuestros afanes y anhelo para el progreso. Adios.

*Médium* ENRIQUETA.

---

## DINERO DE LOS POBRES.

---

Antes de terminarse el año VII de LA LUZ, recibimos las cantidades siguientes: De una espiritista, 1 peseta, de Vilasár, 21 id., de Almonacid de la Sierra, 2 id., de Carlos, 4 id., de San Quintín de Mediona, 85 céntimos, de Melilla, 2 pesetas, de G., 10 id., de Almonacid de la Sierra, 5 id., de Valencia, 17 id., de Gracia, 2 id., de A., 25 céntimos, de Cuenca, 4 pesetas, de Almonacid de la Sierra, 1 id. 50 céntimos: Total 70 pesetas con 60 céntimos, que unidas á las *seiscientas noventa y nueve pesetas 25 céntimos*, de que dimos cuenta en el último número del año VII, suman *setecientas sesenta y nueve pesetas 85 céntimos*, las últimas 70 pesetas 60 céntimos, las repartimos del modo siguiente: A una enferma, 1 peseta, á una anciana, 1 id., á una viuda con hijos en la mayor miseria, 34 id., á otra viuda con hijos y enferma, 15 id., á una baldadita, 5 id., á una niña ciega, 7 id. 85 céntimos: quedan en caja 5 pesetas 75 céntimos. ¡Benditos aquellos que se acuerdan de los desgraciados!

---

## PENSAMIENTOS.

---

Solo la ciencia matemática concibe la igualdad, por que es la oracion de la ciencia elevada á Dios.

El peor juez que puede uno tener es uno mismo.

El espiritismo es el grito de redencion para la mujer.

La venganza desaparece cuando se encuentra una familia.

Verdades hay muchas, verdad absoluta ninguna.

La religion es la supersticion de la inteligencia.

No somos la cantidad inteligente que se levanta para creer; somos la cantidad inteligente que se levanta para inquirir.

La ciencia es la vida, es la brújula del espíritu; y la religion es el embrion de la existencia.

El positivismo mata lo incierto y da vida á lo cierto.

A veces una mirada es una historia de venganza.

Las religiones ódian la civilizacion.